

anuario
1999
INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO



ANUARIO 1999

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIÁN DE OCAMPO" (C.S.I.C.)

anuario

1999

INSTITUTO

DE ESTUDIOS

ZAMORANOS

FLORIAN

DE OCA MPO



ANUARIO DEL I.E.Z. FLORIÁN DE OCAMPO

I.S.S.N.: 0213-82-12

Vol. 16, 1999

EDITA:

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS «FLORIÁN DE OCAMPO»

Directora: Carmen Seisdedos Sánchez

Secretario de redacción: José-Andrés Casquero Fernández

Consejo de redacción: Miguel Gamazo Pelaez, Justo Rubio Cobos, Pedro García Alvarez, Hortensia Larrén Izquierdo, Eusebio González García, Bernardo Calvo Brioso, Juan-Andrés Blanco Rodríguez, Tomás Pierna Beloso, Concepción Rodríguez Prieto, Tránsito Pollos Monreal, Eugenio García Zarza.

Secretaría de redacción: Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»
Diputación Provincial de Zamora
C/. Ramos Carrión, 11 - 49001 Zamora (España)
Correo electrónico: ies@helcom.es

SUSCRIPCIONES, PRECIOS E INTERCAMBIO:

Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»
Diputación Provincial de Zamora
C/. Ramos Carrión, 11 - 49001 Zamora (España)
Correo electrónico: ies@helcom.es

Los trabajos de investigación publicados en el ANUARIO DEL I.E.Z. «FLORIÁN DE OCAMPO» recogen, exclusivamente, las aportaciones científicas de sus autores. El Anuario declina toda responsabilidad que pudiera derivarse de la infracción de la propiedad intelectual o comercial.

© Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)

Diputación Provincial de Zamora

Diseño de portada: Ángel-Luis Esteban Ramírez

Imprime: HERALDO DE ZAMORA, artes gráficas. Santa Clara, 25
49014 Zamora (España)

Depósito Legal: ZA - 297 - 1988

ÍNDICE

ARTICULOS

ARQUEOLOGÍA	15
Arturo Balado Pachón: <i>Intervención arqueológica en las murallas del Castro de las Labradas en Arrabalde (Zamora)</i>	17
Jesús-Carlos Misiego Tejada, Gregorio José Marcos Contreras, Miguel Ángel Martín Carbajo, Francisco Javier Sanz García, Manuel Doval Martínez y Roberto Redondo Martínez: <i>Excavación arqueológica en el solar de la Cl. Obispo Regueras, 67, c/v Cl. Venezuela, de Benavente (Zamora)</i>	43
Gregorio José Marcos Contreras, Jesús-Carlos Misiego Tejada, Miguel Ángel Martín Carbajo, Francisco Javier Sanz García, M ^a Isabel García Martínez y Pedro Francisco García Rivero: <i>Excavación arqueológica en la calle de la Merced, en Toro (Zamora)</i>	59
Miguel Ángel Martín Carbajo, Gregorio José Marcos Contreras, Francisco Javier Sanz García, Jesús-Carlos Misiego Tejada, Luis Alberto Villanueva Martín y Francisco Javier Ollero Cuesta: <i>Excavación arqueológica en el solar de plaza de la Horta, s/n. Zamora</i>	73
Ana Isabel Viñé Escartín y Mónica Salvador Velasco: <i>Intervención arqueológica en un solar sito en el primer recinto amurallado de la ciudad de Zamora: Rúa de los Notarios - Cl. Peñasbrinques</i>	95
ARTE	107
Manuel Pérez Hernández: <i>Obras de Pierres Lombardo, Juan de León y Juan Magarzo en la provincia de Zamora</i>	109

Inocencio Cadiñanos Bardeci: <i>Noticias de arquitectura zamorana, siglo XVIII</i>	121
María Dolores Teijeira Pablos: <i>La demolición de la torre del Salvador de Zamora en el siglo XIX. Un debate sobre el concepto de Patrimonio Histórico</i>	135
Teresa Hernández Fernández-Pacheco: <i>Retablo de la iglesia de los Santos Justo y Pastor de Villalverde de Justel (Zamora)</i>	141
Manuel de la Granja Alonso: <i>El retablamiento barroco de la iglesia de Santa María del Moral de Villafáfila (Zamora)</i>	149
BIOGRAFÍAS	159
Antonio Linaje Conde: <i>Un profesor salmanticense Luis Cortés Vázquez († 12-2-1990) ¿El último humanista?</i>	161
ETNOGRAFÍA	177
Carlos Montes Pérez: <i>Vida rural y creencias populares en la comarca del Vino zamorana. Análisis antropológico de lo sagrado</i>	179
Carlos Gutiérrez García y Julián Espartero Casado: <i>La lucha como actividad lúdica tradicional en la comarca de La Guareña</i>	209
FUENTES DOCUMENTALES	253
Antonio Matilla Tascón: <i>Documentación referente a Zamora y su provincia (II)</i>	255
GANADERÍA	261
José-Emilio Yanes García: <i>Un patrimonio vivo de todos: El asno zamorano-leonés</i>	263
HISTORIA	281
Elías Rodríguez Rodríguez: <i>Actuaciones de los alcaldes mayores de la Orden de Santiago en Villafáfila</i>	283
Manuel Carriedo Tejedo: <i>Episcopologio zamorense del siglo X</i>	347
LINGÜÍSTICA	367
Juan Carlos González Ferrero: <i>La desdialectalización de las hablas de Zamora según los materiales del ALPI y del ALEP</i>	369
José-Ramón López de los Mozos y José Antonio Ranz Yubero: <i>Estudio de algunos topónimos contenidos en la colección diplomática del Monasterio de Nuestra Señora de Valparaíso (Zamora)</i>	433

LITERATURA	453
Ángel Sánchez Pascual: <i>Claudio Rodríguez, desde la muerte</i>	455
SOCIOLOGÍA	469
Susana Lique de las Heras: <i>Elementos de reflexión para abordar la situación de la mujer en Sayago (Zamora)</i>	471
MEMORIA DE ACTIVIDADES	489
Memoria año 1999	491
NORMAS DE PUBLICACIÓN	499
Normas para los autores sobre la publicación de artículos en el Anuario del I.E.Z. «Florián de Ocampo»	501
RELACIÓN DE SOCIOS DEL I.E.Z.	503
Relación de socios	505

ARTÍCULOS

INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA EN LAS MURALLAS DEL CASTRO DE LAS LABRADAS EN ARRABALDE (ZAMORA)

ARTURO BALADO PACHÓN*

La intervención arqueológica en el Castro de Las Labradas, desarrollada entre el 20 de octubre y el 25 de noviembre de 1998, se engloba dentro de las actuaciones que la Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León dirige en la comarca zamorana de Benavente-Los Valles, para potenciar el turismo cultural de la zona. Con este fin se programaron varios sondeos en sendos sectores de las dos murallas que cierran el Castro por occidente, donde se presumía se podrían encontrar los accesos al interior del castro. Se pretendía conocer las posibilidades de encontrar estructuras que hicieran visitable algún sector del yacimiento.

1. EL CASTRO DE LAS LABRADAS

El Castro de Las Labradas se encuentra situado entre los términos de Arrabalde y Villaferrueña, en la zona dominante de la Sierra de Carpurias, pequeño macizo cuarcítico de orientación noroeste/sureste que constituye el último retazo de la Sierra del Teleno y que separa los valles de Vidriales y del Eria, en el extremo norte de la provincia de Zamora. El vértice geodésico situado en la zona más alta del castro se ubica a 996 metros de altitud y sus coordenadas geográficas son 42° 06' 12" de latitud norte y 5° 54' 18" de longitud oeste, según el Mapa Topográfico Nacional de España 269-II, Arrabalde, a escala 1 :25.000 (Fig 1, 1).

Se trata del recinto castreño de mayores dimensiones de la comarca (unas 23 has.) y se encuentra totalmente rodeado de murallas que cierran su perímetro, aunque en ocasiones (especialmente en sus lados S y N) se utilizan los afloramientos rocosos como líneas defensivas rellenando entonces con obra constructiva sólo los espacios intermedios. El sector oeste, el más accesible, presenta dos líneas de fortificación y como refuerzo a estas defensas, parece que además podría

* Unoveinte, S.L.

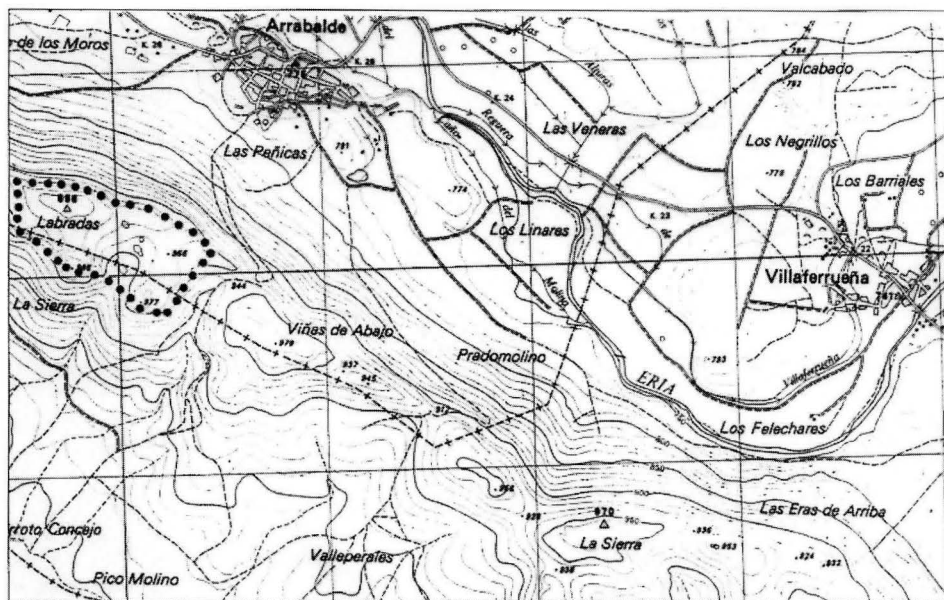


FIG. 1.1. Situación del castro de Las Labradas (perímetro de puntos) en el mapa 1:25.000.

haber contado con una barrera de piedras hincadas en el sector NE de su recinto (ESPARZA, 1986: 37; DELIBES, ESPARZA y MARTÍN VALLS, 1996: 5). En el interior del castro los elementos apreciables en superficie más destacables son los relacionados con el almacenamiento hídrico, de los que parece que se reconocen al menos tres distintos.

Las primeras referencias sobre la importancia del castro de Las Labradas se las debemos a Virgilio Sevillano (1978), aunque las únicas investigaciones arqueológicas en el castro fueron realizadas por Angel Esparza, quién además de definir sus elementos externos, dimensiones y las características de su perímetro amurallado, dirigió varias campañas de excavación en los años 80, en las que pudieron reconocerse algunas estructuras de habitación de forma cuadrada y diversos niveles, todos ellos de la segunda Edad del Hierro en contacto con el mundo romano, aunque con piezas mezcladas del Bronce Final, (DELIBES, ESPARZA y MARTÍN VALLS, 1996). Una fuente fundamental de información sobre el propio castro y su cultura material la han proporcionado los espectaculares tesoros aparecidos de forma irregular en el yacimiento, sobre los que se ha generado una abundante bibliografía (ESPARZA, 1986; 1991; SÁNCHEZ DE ARZA, 1984; SANTOS YANGUAS, 1981; DELIBES y MARTÍN VALLS, 1982; DELIBES y ESPARZA, 1989; DELIBES, 1991; ESPARZA y MARTÍN VALLS, 1996; etc.)

2. LA EXCAVACIÓN

Las zonas de intervención fueron denominadas Zanja 1, Zanja 2 y Zanja 3, las dos primeras situadas en el sector de la muralla interior y la última en la muralla exterior (Fig. 1, 2).

ZANJA 1

Estructuras

Se ha localizado en este sector un tramo de muralla que se corresponde con la zona de una puerta. En sentido longitudinal tiene unos 12,30 m. y la altura conservada muy variable entre 1,2 y 0,5 m. La anchura del muro va de los 2,70 a los

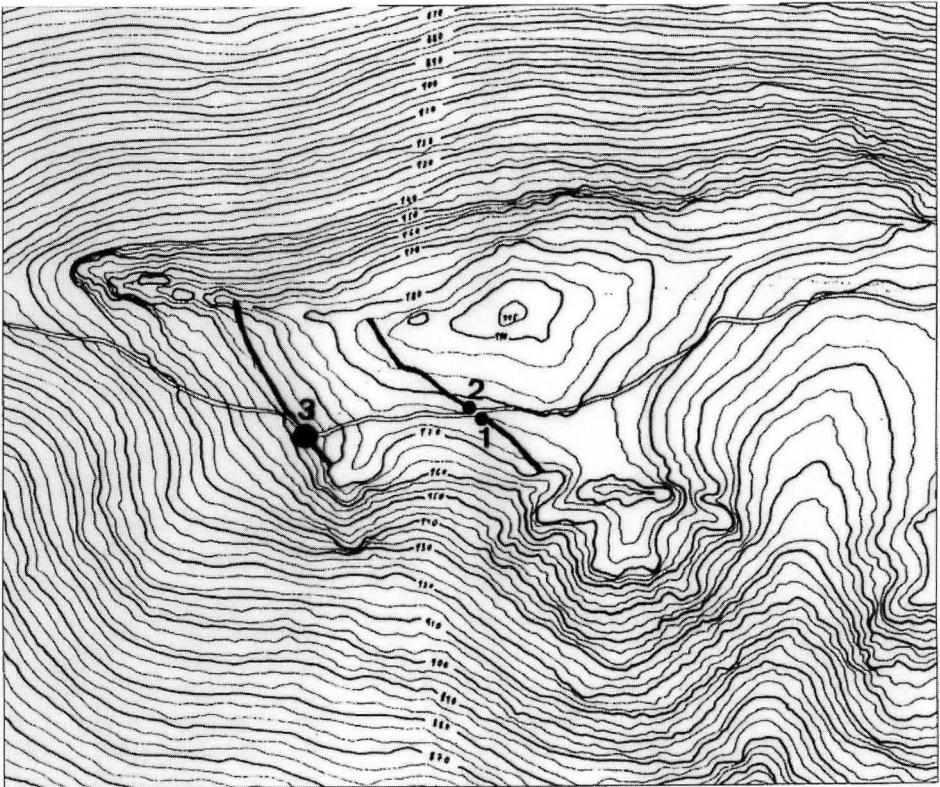


FIG. 1.2. Plano del sector occidental del castro con la situación de las unidades de excavación.

3 m., sin embargo en el tramo final (en los 4 m. del extremo), junto al vano de entrada, presenta un engrosamiento irregular hacia el interior de unos dos metros, que configura una estructura trapezoidal de refuerzo defensivo para el acceso (Fig. 2).

Los paramentos externos están contruidos por un aparejo irregular de piedras cuarcíticas de la zona trabadas en seco, reservando las de mayor tamaño para las zonas más bajas y colocando lajas en las partes altas, aunque esta ordenación no es estricta y en ocasiones bloques grandes se sitúan en zonas elevadas.

Estratigrafía y materiales

Resulta fácil resumir la secuencia estratigráfica documentada en el desarrollo de los trabajos de la zanja 1 pues sólo se han reconocido dos niveles que apoyan contra los lienzos de la muralla. Bajo una fina capa de cobertera vegetal se localizó la *unidad estratigráfica 101*, un claro derrumbe de la estructura, localizado tanto dentro y fuera de su recinto como en el vano que configuraba la puerta. Estaba constituido por grandes bloques de cuarcita junto con lajas más pequeñas y por una tierra de color negro. Su potencia, variable, está comprendida entre los 50 y 60 cm. y deparó escasos hallazgos de materiales.

El segundo y más profundo de los niveles lo constituye la *unidad estratigráfica 102*, localizada también en todos los ámbitos de la excavación (interior, exterior y en el vano). Su potencia excavada ronda los 15/20 cms. y tampoco fue pródigo en hallazgo de materiales. Se trata de un nivel compacto de color ocre-amarillento, en el que no aparecen prácticamente piedras. Por debajo de esta secuencia aparecen ya los afloramientos de roca natural.

La simpleza estratigráfica de este sector y la escasez de restos materiales en las dos unidades diferenciadas no permiten consideraciones demasiado clarificadoras a propósito del desarrollo de la ocupación en este punto, ya que en la unidad más profunda (UE 102) aparecen mezcladas piezas cerámicas que pueden asignarse con claridad a la Edad del Bronce con otros materiales que, también sin lugar a dudas, pueden hacerse corresponder con momentos muy avanzados de la Edad del Hierro.

Así pues, la valoración secuencial que podemos establecer para esta área, en términos generales, debe considerar que la unidad inferior, más antigua (UE 102), fue configurada en la fase de ocupación de la Segunda Edad del Hierro contemporánea a la muralla en uso, si bien debieron ser afectados o de algún modo involucrados, restos de una ocupación anterior correspondiente a la Edad del Bronce, ya detectada —a través sólo de piezas cerámicas en contextos posteriores y no de auténticos niveles— en campañas previas desarrolladas en el recinto interno del poblado. Por su parte, la unidad más superficial (101) representa la fase de abandono y desmantelamiento de la estructura defensiva, lo que justifica la aparición

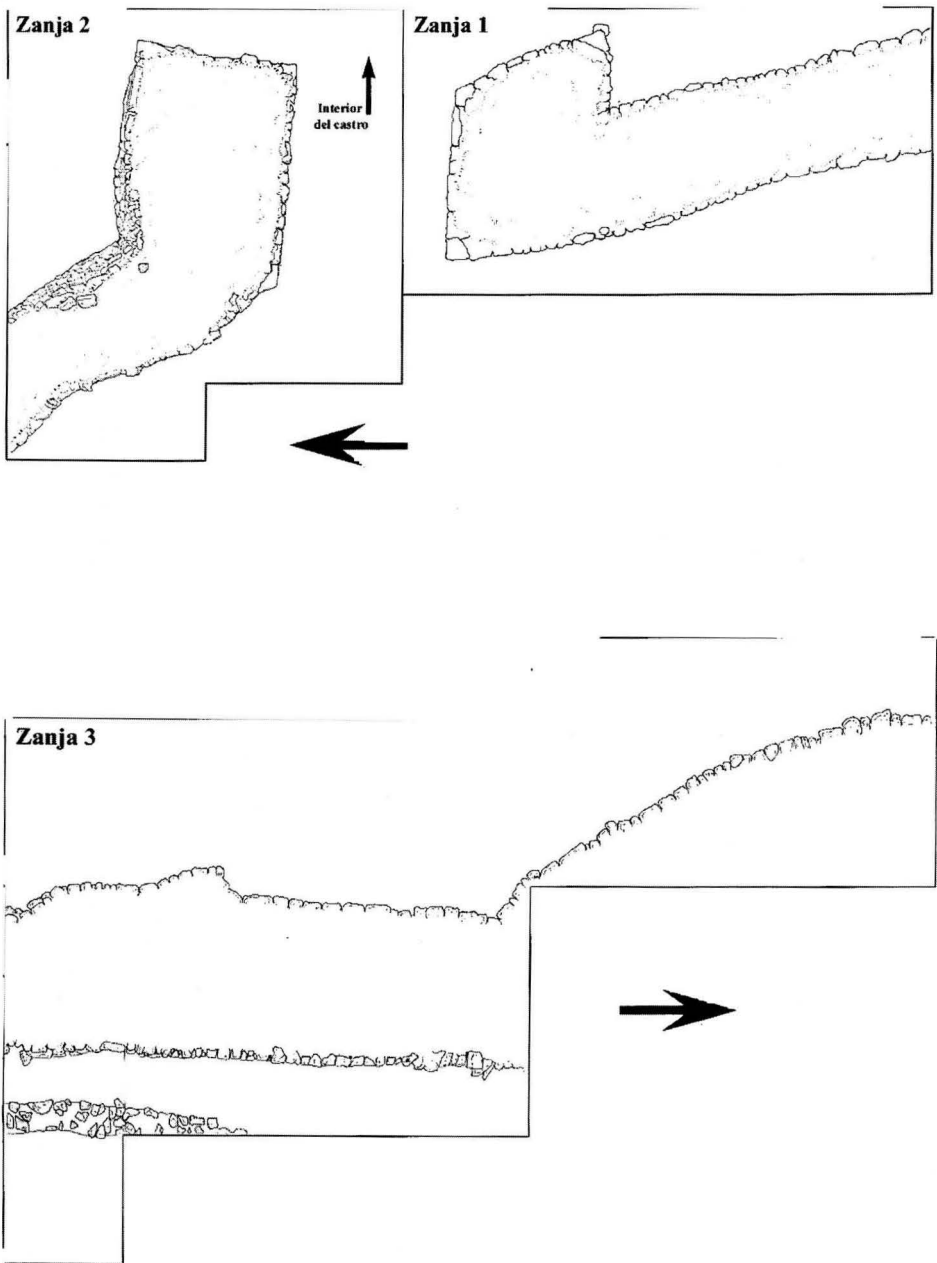


FIG. 2. Plantas de los fragmentos de muralla descubiertos en cada sector.

de los materiales asignables a la Edad del Hierro en convivencia con otros ya de época medieval, etapa a la que pertenecen también diversos tipos de restos detectados en varios puntos del enclave. Estos factores inciden directamente sobre las valoraciones que podamos realizar en cuanto al estudio de los materiales, pues ninguno de los estratos identificados contiene lotes completamente homogéneos.

En la Unidad 102 son absolutamente mayoritarias las producciones cerámicas a mano (61 de las 68 piezas localizadas, lo que supone el 89,7%), aunque la evidente presencia de vasos correspondientes a la Edad del Bronce (Fig. 3, 2-4), de los que reconocemos sólo los ejemplares decorados, impide pensar que todas las piezas lisas de este tipo sean asignables a la Edad del Hierro. Este es el caso de algunos vasos con bordes fuertemente marcados, o con elementos plásticos —mamelones— (Fig. 3, 5), que pudieran pertenecer en igualdad de condiciones a cualquiera de las fases mencionadas.

Lo más interesante con respecto a las piezas representativas de la Edad del Hierro en la unidad 102 de esta zanja, es el hecho de que ninguno de los escasos fragmentos realizados a torno (7, que suponen el 10,3% del total) sugiere intrusiones posteriores. Corresponden en su mayoría a tipos comunes de cocción reductora, acabados toscos y carentes de decoración, muy poco específicos aunque habituales y mayoritarios en todos los sectores excavados del castro en esta campaña. Estas producciones, que suelen definirse sin demasiada concreción como «de cocina», adquieren en los territorios del NO verdadero protagonismo en los repertorios cerámicos no realizados manualmente, en ámbitos donde los productos a torno pintados y de cocción oxidante son, incluso en fechas muy avanzadas, verdaderamente escasos, pudiendo concluirse que éstas, junto a las manufacturas también mayoritariamente lisas, constituyen el repertorio básico de los ajuares cerámicos de las culturas castreñas de dicho cuadrante peninsular.

Información algo más concreta la proporciona un fragmento torneado de cuidada elaboración, pasta negra bruñida y decoración estampada de eses invertidas sobre un baquetón marcado (Fig. 3, 6), por cuanto puede ser reconocida sin duda como un elemento asignable a la Segunda Edad del Hierro, aunque sin una cronología tan precisa como pudiéramos desear. El carácter torneado de la pieza y el esquema decorativo, de eses invertidas, —que pudiéramos relacionar con el grupo de los estampados más avanzados del área vetona, a base de círculos, aspás, series de SS, EE o MM, claramente posteriores al siglo III a.C. y coincidentes temporalmente con las más típicas pintadas «celtíbericas» (MARTÍN VALLS, 1986-87: 73)— obliga a plantear ya de entrada su carácter relativamente tardío y a plantear su correspondencia con la ocupación avanzada del castro. Estas producciones estampadas en el contexto de la cultura castreña zamorana carecen de una interpretación firme por lo que se refiere a su filiación cultural, quedando pendiente como ha señalado Esparza, entre otros, el estudio de sus relaciones con las de la Cultura Castrexa del NO (ESPARZA, 1983: 114 y 116), con las que pudieran compartir unos

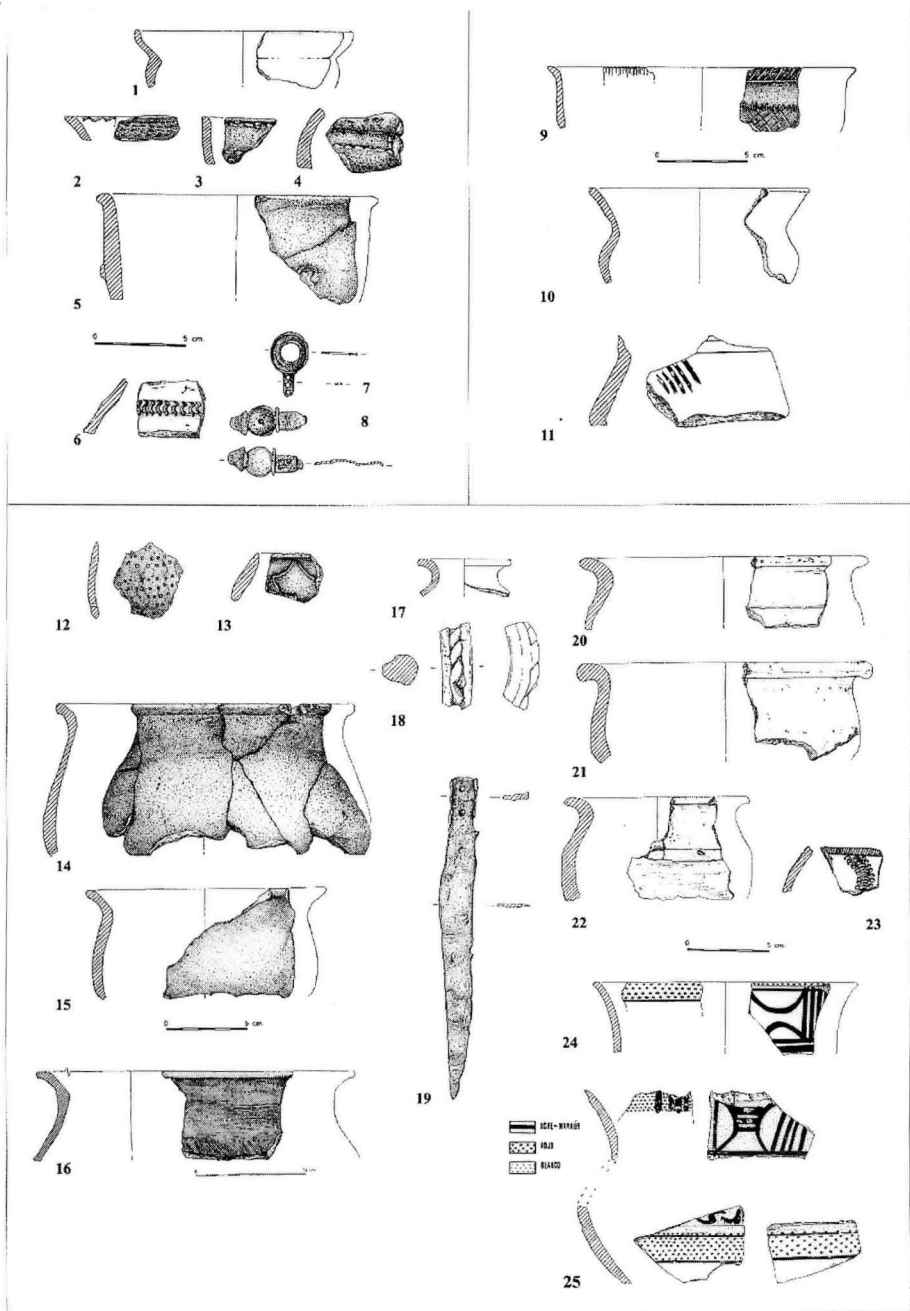


FIG. 3. Algunos de los materiales arqueológicos recuperados en el castro de Las Labradas.

vínculos culturales amplios y difusos extendidos por variados territorios del centro y norte peninsular.

Tampoco pueden olvidarse como punto de referencia los tipos a torno estampados que aparecen en el centro de la cuenca del Duero, básicamente en territorio vacceo, entre finales del siglo II a.C. y mediados del I a.C., recientemente definidos y estudiados con profundidad, producciones que han sido identificadas también en territorio zamorano —El Viso de Bamba o el muy cercano enclave de Fuentes de Ropel— y que se han interpretado como piezas inspiradas en los vasos argénteos característicos de los tesoros peninsulares de los siglos II-I a.C. (SANZ MÍNGUEZ, 1997: 309-312). Comparte el ejemplo zamorano con dichas producciones el cuidadoso acabado, la cocción reductora (aunque en los lotes vacceos predominan los tonos grises), el gusto por los resaltes o baquetones y la técnica decorativa estampada, de manera que no es difícil suponer para el vaso de Arrabalde una inspiración genérica también en piezas metálicas —y a la vista de la destacada orfebrería presente en el castro, podría relacionarse concretamente con los recipientes atesorados— y una más que probable cronología avanzada dentro de la Segunda Edad del Hierro.

Así pues, por lo que a esta pieza estampada se refiere, y sin que podamos resolver completamente su asignación cultural y cronológica, sí podemos proponer con seguridad su correspondencia a una fase difícilmente anterior al II a.C. e identificarla con los diversos grupos de producciones a torno del centro y noroeste peninsulares que se identifican avanzada la Segunda Edad del Hierro y que parecen encontrar inspiración en prototipos metálicos. Su concurrencia en un lote en el que se identifican mayoritariamente productos comunes a torno y a mano, no desentona en absoluto con las consideraciones previas, y apoya la relación de este conjunto con los que se reconocen en los enclaves castreños del occidente y norte de la meseta, más que con los que se documentan en los asentamientos de la zona sedimentaria de la propia provincia y, en general, del territorio vacceo, donde las especies predominantes son las típicas pintadas.

En este mismo estrato se recuperaron algunas piezas metálicas, de las que sólo merecen atención las de bronce (junto restos de escorias y dos elementos de hierro sin identificación posible). Corresponden a dos objetos de tipología poco definida (Fig. 3, 7 y 8) que cabría identificar con apliques, quizá para ropa. El nº 8 parece corresponder a un broche, mientras que el 7, por las pequeñas perforaciones en su vástago, que le permitirían ir cosido, podría igualmente corresponder a un sistema de cierre o quizá un anillo decorativo.

A pesar de que desconocemos paralelos para estos elementos y de la cierta incoherencia de materiales en esta unidad, creemos que las piezas metálicas deben asignarse en su totalidad a la ocupación de la segunda Edad del Hierro.

Por lo que se refiere a la Unidad 101, poco es lo que se puede añadir a lo dicho, salvo la constatación de piezas de tipología claramente posterior a las comentadas

(Fig. 3, 1), como se ejemplifica en algunos perfiles de posible adscripción medieval o moderna, sin que los diferentes autores se clarifiquen completamente para la atribución de los vasos de pastas micáceas (TURINA GÓMEZ, 1994: 90). En este sentido debe también señalarse la inversión en lo que se refiere a las proporciones de la cerámica a mano y a torno, con una clara ventaja ahora de la segunda (de los 57 fragmentos, más del 77% son torneados) signo de que muchas de estas piezas deben corresponder a ocupaciones posteriores del área, aunque no podamos identificarlas con claridad, y de la probable ausencia de los materiales de la Edad del Bronce.

La insignificante lámina de bronce recuperada así como la pequeña lasca de sílex no aportan elementos de interés al conjunto, pudiendo corresponder a cualquiera de los momentos identificados en esta unidad.

ZANJA 2

Estructuras

Se localizó en este sondeo el lienzo de muralla y puerta complementarios al localizado en la zanja 1 (Fig. 2), aunque la estructura encontrada no puede considerarse simétrica de la anterior ya que su configuración en planta es totalmente distinta. La anchura del muro en esta zona va de 2 a 2,5 m., habiéndose encontrado también un elemento en el extremo de refuerzo defensivo de la puerta. Éste difiere del aparecido en el tramo previo en que no supone un engrosamiento brusco perpendicular a la línea de la muralla como ocurría allí, sino que más bien parece que la estructura gira unos 45° y se engrosa considerablemente para conformar un espacio más o menos rectangular de 5,5 x 4 m. El sistema constructivo no difiere del descrito en el sondeo anterior, con dos paramentos de cuarcitas trabadas en seco, aunque aquí se emplean en algunos sectores de la zona baja (preferentemente en la zona exterior y del vano), piedras de mucho mayor tamaño, casi ciclópeas.

Estratigrafía y materiales

La secuencia estratigráfica documentada en este sector es prácticamente idéntica a la registrada en la zanja 1, con tan sólo dos unidades reconocidas. La U.E. 201 se corresponde con el derrumbe de la muralla y presenta una gran cantidad de piedras cuarcíticas que en su día formaron parte de la construcción, dentro de un nivel de color oscuro. La potencia del estrato oscila entre 35 y 75 cm. La U.E. 202, de color amarillento y una potencia entre 10 y 15 centímetros, se situaba por debajo de la 201. Ambos niveles, con escasos restos de materiales arqueológicos, se documentaron en toda la superficie sondeada y los dos apoyaban directamente sobre la estructura de la muralla (U.E. 203).

Este sector de la excavación, que se corresponde con el otro lado del lienzo y de la puerta, reproduce en gran medida —como cabría esperar— la secuencia y el tipo de materiales detectados en la Zanja 1.

De nuevo el estrato más profundo —UE 202— asignable al momento de uso de la muralla, ofrece un predominio de materiales cerámicos a mano (cerca del 70%) frente a los a torno, lo que, como ya hemos comentado es un rasgo común en las zonas castreñas del noroeste peninsular hasta finales de la Edad del Hierro, acompañándose las cerámicas de varios fragmentos de escorias.

También aquí se detectan piezas encuadrables por sus decoraciones en la Edad del Bronce (Fig. 3, 9), lo que nos obliga a considerar que parte de los fragmentos lisos aquí recogidos pertenezcan a esta fase, si bien la aparición de una sola pieza decorada nos introduce ciertas dudas. El ejemplar referido porta un motivo impreso en el borde e interior del labio y otro de líneas cruzadas en el inicio de la panza pero lo más particular es la presencia de un tema inciso de «línea cosida» pues es éste un tema decorativo tan frecuente sobre vasos campaniformes como sobre piezas de Cogotas I. A propósito del primer momento citado se encuentran ejemplos con esta decoración en los conjuntos vallisoletanos de Portillo y en la propia capital (DELIBES DE CASTRO, 1977: 70, 28; BALADO y ESCUDERO, 1991: Fig. 3, 2), mientras que atestiguamos su presencia sobre piezas del Bronce Final en lugares tan señalados como San Román de Hornija, los Silos de San Pedro Regalado o el salmantino Teso del Cuerno (DELIBES, FERNÁNDEZ y RODRÍGUEZ, 1990, Fig 16, 1; BALADO y ESCUDERO, 1991: 24, Fig. 4, nº 2; MARTÍN BENITO y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, 1989: 21), entre otros. El tema no tendría mayor trascendencia si no fuera porque en los niveles superficiales de Las Labradas se recuperó una punta palmela que ha sido puesta en relación con una indefinida presencia Campaniforme en el castro (DELIBES, ESPARZA y MARTÍN VALLS, 1996: 12), y, sólo en ese sentido, nos parece interesante destacar la dudosa atribución de tal pieza, que, a diferencia de las identificadas en la Zanja I con temas incuestionables de boquique, podría ser atribuida a esa otra etapa apenas barruntada en la secuencia de ocupación del castro.

Sin embargo debemos destacar en este caso que, entre las producciones a torno, por lo general comunes, se identifican piezas correspondientes a los tipos finos de cocción oxidante que se denominan «celtibéricos», (Fig. 3, 10 y 11), y que no son excesivamente frecuentes en los castros de la zona, aunque ya habían sido detectadas con poca definición en anteriores campañas en Las Labradas (DELIBES, ESPARZA y MARTÍN VALLS, 1996: 11). En realidad, su presencia en los asentamientos castreños del noroeste de Zamora es prácticamente excepcional, lo que ha sido explicado como un indicio claro de la escasa penetración del denominado fenómeno celtibérico y sus más típicos materiales en la zona castreña (ESPARZA, 1986: 343-344 y 373-374), asignándose la misma, cuando ha sido posible reconocer algún esquema decorativo significativo, a momentos tardíos, próximos al siglo I a.C.

Nuestras piezas son tipológicamente apenas reveladoras, ya que una de ellas corresponde a un galbo de vasija de ciertas dimensiones con restos de un tema decorativo de círculos concéntricos, y la otra, a un vasito liso de perfil acampanado de muy difícil precisión cronológica. Podríamos hacer referencia a ejemplares muy similares entre los materiales de época clásica del poblado burgalés de Roa (SACRISTÁN, 1986: Fig. 13, 7, Láms. XLIV, 1 y 2, XLV, 7 y 8) pudiendo identificarse entre los perfiles correspondientes a vasos, cuerpos de copas o de embudos. Pero, del mismo modo, esta forma es muy frecuente en el área de Guadalajara, particularmente en sus necrópolis (GARCÍA HUERTA y ANTONA, 1992: 125-126, Fig. 112, Forma 7) donde se le atribuye una cronología antigua. Hay relación así mismo con piezas numantinas tardías (WATTENBERG, 1963: nº 1055, tabla XXXVIII) o del poblado abulense de El Raso de Candeleda (FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1986: 886, F.3, b-1). Lo que nos indica todo ello es la escasa si no nula posibilidad de asignar una cronología precisa a esta pieza ni una relación específica con un área cultural concreta, aunque es interesante al menos constatar la presencia de éste en un ambiente donde hasta el momento apenas sí había sido identificado. Si bien es cierto, como antes se señalaba, que la presencia de materiales cerámicos de «tipo celtibérico» escasea notablemente en los enclaves castreños del noroeste zamorano, no lo es menos el hecho de que éste de Arrabalde es uno de los más orientales del grupo, en un sector de contacto con la llanura sedimentaria, a escasos kilómetros de asentamientos como el de La Dehesa de Morales en Fuentes de Ropel, o La Corona/El Pesadero de Manganeses de la Polvorosa, donde estos materiales no son precisamente raros. Este hecho, que justificaría por sí sólo la posibilidad de la existencia de importaciones o adquisiciones de tales cerámicas en los núcleos inmediatos, se une al papel preponderante que parece tener este castro con respecto a los de la zona —sus excepcionales dimensiones, los impactantes atesoramientos, etc.— lo que podría ser un trasunto de su superior dinamismo y grado de desarrollo socio-económico (ESPARZA, 1986: 375), y en este marco, entenderse la adquisición de tales elementos cerámicos de cierto «lujo».

Ninguna otra información relevante nos ofrece la unidad 201; coincide con su estrato correspondiente en la Zanja 1 en el predominio de las piezas cerámicas torneadas sobre las manuales, aunque la escasez de la muestra (sólo siete fragmentos, cinco a torno y dos a mano) y la posición superficial de la unidad impiden mayores consideraciones.

ZANJA 3

Estructuras

El espacio excavado de la muralla en este tramo nos permite conocer las características que presentaba aquí la obra defensiva, notablemente distinta de la loca-

lizada en la zona anterior (Fig. 2). Gracias a un sondeo de 13 x 3 m. realizado en primer lugar conocimos la altura total conservada de la muralla, que en la zona interna era de 1,50 m. y en la exterior de unos 1,95 m. Su anchura en la base es de unos 3,65 m. y en la coronación de la zona conservada de tan sólo 3, ya que parece que el sistema constructivo utilizado fue el de ir aproximando las hiladas superiores para dotar de mayor estabilidad a la defensa. Hay que tener en cuenta, no obstante, que el extremo sur de la excavación donde se realizó el corte estratigráfico que nos sirve de referencia, es una zona en la que la muralla se encuentra afectada por una serie de factores que han desvirtuado sus características originales, como puede ser el crecimiento de algunos árboles sobre el paramento externo, cuyas raíces han afectado seriamente a la obra. En las zonas mejor conservadas, la muralla parece tener en realidad una anchura cercana a los 4 metros en su parte más alta.

El sistema constructivo parece similar al de los dos tramos de la muralla interna, con sendos paramentos externos de grandes piedras, sin que aquí se observen grandes diferencias de tamaño entre las partes bajas y altas. La muralla no apoya, sin embargo, sobre la roca natural, sino que se creó un basamento artificial de piedras irregulares y de considerables dimensiones, echadizo que supera con amplitud la anchura de la base del muro. La potencia constatada de este basamento es de 60 cm.

La altura conservada de este primer tramo es muy variable entre los distintos puntos y entre el interior (1,30 m) y el exterior (de 0,3 a 2 m). La cota base en la que apoya, también es muy distinta entre el interior y el exterior, estando esta última, como término general, un metro más profunda que la interna. Este primer tramo de la muralla descubierto, conserva perfectamente los dos paramentos, que sin embargo y en su cara interior se va degradando hasta que al final del sondeo desaparecen. La explicación de este hecho está, sin duda, en la presencia del camino, durante cuya ampliación, hace unas decenas de años, se realizaron importantes extracciones de piedras de las estructuras arqueológicas, destruyéndose los niveles de muralla que pudieran haber perdurado hasta la fecha en ese espacio de acceso.

En una nueva ampliación realizada durante la excavación arqueológica, ya no fue posible localizar el paramento interno, que en su día estuvo situado en lo que hoy se ha convertido en camino, por lo que nuestros esfuerzos se centraron en la zona exterior. Justo en este punto, el paramento descubierto hace un brusco giro, de unos 45°, y avanza, paralelo a la ladera, muy limitado en altura, ya que la presencia del camino ha supuesto la destrucción de gran parte de su desarrollo vertical.

No es la defensiva la única estructura descubierta, ya que en el sondeo inicial se localizó, en los estratos más superficiales, un muro de bastante mala factura, situado a unos 1,5 m. de la muralla y con un trazado paralelo a la misma. Estaba

constituido por piedras irregulares de cuarcita, trabadas con barro, alcanzando una altura de unos 40 centímetros y una anchura de 70. Dentro del ámbito de la excavación se localizaron unos cinco metros lineales de esta estructura, hasta que la misma, y por la dirección que posee, desaparece bajo el perfil oeste. Su interpretación es, desde luego, la de un elemento constructivo muy posterior y en nada vinculado a la defensa prerromana, ni constructiva ni estratigráficamente.

Estratigrafía y materiales

Los niveles documentados (Fig. 4) durante la excavación difieren notablemente si nos referimos a los que se encuentran al interior o exterior del muro. En el interior encontramos la *unidad estratigráfica 301*, un estrato de color negro intenso y textura suelta, de unos 60 centímetros de potencia, localizado en la zona interna y que apoya directamente sobre la muralla (*unidad estratigráfica 305*). Excavado en esta unidad y al mismo tiempo apoyado en la misma se localizó el muro más moderno ya visto, que constituye la *unidad estratigráfica 303*.

Por debajo de la 301 se sitúa la 302, unidad de tierra compacta de color amarillo intenso, de unos 30 cm., que también apoya sobre el paramento interno de la muralla. La *unidad estratigráfica 304* es un nivel de tierra grisácea y muy suelta prácticamente cenicienta, de unos 60 cm, que termina con la presencia de una serie de grandes piedras que marcan el inicio de la *unidad estratigráfica 307*. Se trata esta última de un nivel de color pardo y textura muy suelta, de gran potencia (al menos 0,6 m en la zona sondeada, que no llegó a profundizar hasta el final de la misma), totalmente estéril. La zona externa a la muralla se resume un único nivel, la *unidad estratigráfica 306*, un gran estrato en ladera con una potencia máxima junto al paramento de 2 metros, que no deparó el hallazgo de ningún tipo de material arqueológico.

De la Unidad 301, apenas sí haremos comentario alguno, ya que, de nuevo, posee escasos materiales (26 fragmentos) de poca relevancia aunque sí podemos insistir en que, al igual que en los otros dos espacios, ofrece un porcentaje superior de piezas cerámicas a torno con respecto a las manuales.

Por lo que se refiere a las UUEE 302 y 304, creemos que no existe obstáculo para analizar sus materiales de manera básicamente conjunta. Las cerámicas a mano constituyen el conjunto más numeroso de estas unidades, rondando el 65-75% de los fragmentos identificados, y entre ellas pueden reconocerse vasos de diferentes tamaños, en general de acabado relativamente cuidado con variados tratamientos, aunque las pastas son más bien groseras, poco tamizadas, con desgrasantes evidentes, y colores oscuros. Son abundantes las formas de perfil en S, exvasadas y con cuellos marcados, siendo lisas de forma absolutamente mayoritaria.

Si estas características son generales al conjunto, existen algunos rasgos y piezas que merece la pena destacar. Así, por ejemplo, ejemplares de dimensiones

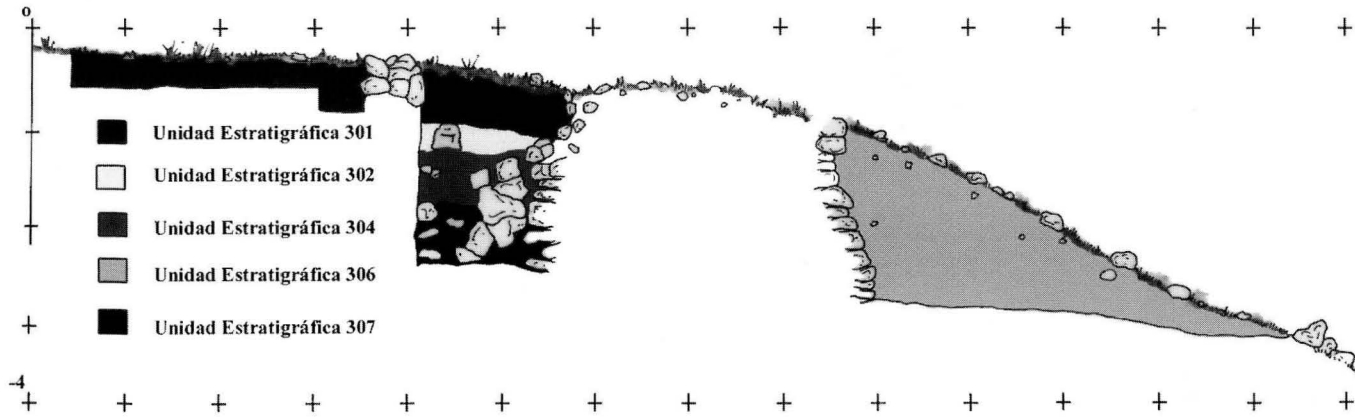


FIG. 4. Estratigrafía del sondeo realizado en la Zanja 3.

medias como el procedente de la UE 302 (Fig. 3, 14), muestran la superficie de la panza globular bruñida y huellas en el cuello del tratamiento de alisado de la superficie. No muy diferente en perfil, aunque de menor tamaño, es también otra de las piezas de la unidad 304 (Fig. 3, 15). Estos vasos pueden relacionarse con algunas de las formas establecidas en la tipología de la zona para las producciones lisas castreñas (ESPARZA, 1986: 294-327), concretamente con los tipos de ollas (Forma 22) y otros vasos de tendencia cilíndrica (Forma 21), que presentan paralelos en otros enclaves meseteños tanto de la Primera como de la Segunda Edad del Hierro, si bien se reconocen como perfiles evolucionados y más tardíos que los carenados.

Algo semejante podríamos decir de uno de los fragmentos de la UE 304 (Fig. 3,16), identificable con vasos de grandes dimensiones, tipo tinajas (ESPARZA, 1986: 309-310 y Fig. 192: 10) así mismo relacionables con numerosos perfiles reconocibles desde el mundo del Hierro I y particularmente los horizontes Soto de Medinilla. Pero, sin embargo, lo más destacable de este vaso es el tratamiento externo de la pasta, que consiste en un bruñido lineal de trazos más o menos horizontales en el cuello y oblicuos en el arranque de la panza. Esta técnica decorativa es abundante en el conjunto material de la Zanja 3 (puede llegar a representar en torno al 25% de los fragmentos manuales), si bien se hallaba casi ausente en las otras áreas. La decoración bruñida de este tipo ya fue detectada en su día en el estudio de las producciones castreñas, aunque fueron localizadas escasas piezas y con difícil situación estratigráfica, entre ellas alguna en el propio castro de Arrabalde, que se asocian a la ocupación de finales de la Edad del Hierro (ESPARZA, 1986: 334-341, Fig. 202-3). Con diversos paralelos en numerosos enclaves del centro y norte peninsulares, y con una lejana y probable inspiración en producciones occidentales del Bronce Final, sus mejores réplicas se encuentran en conjuntos muy tardíos, ya en relación con el mundo romano del noroeste, como son los enclaves leoneses de Corporales, lo que ha permitido su identificación como una producción típicamente astur y característica del último siglo antes de la Era (ESPARZA, 1986: 381), lo que encaja perfectamente con el ambiente general y particular de este sector de excavación en Las Labradas. Entre los materiales cerámicos a mano, debemos destacar la aparición de una pared de colador o encella en la unidad 304 (Fig. 3,12) que no estamos seguros que no corresponda en realidad al fondo del recipiente. Estas piezas están clasificadas en la Forma 5 de la tipología local (ESPARZA, 1986: 302-303) y tienen una clara vinculación a horizontes de la Primera Edad del Hierro de campos de Urnas, aunque por la funcionalidad de las mismas —sean coladores o queseras— es probable que continúe su fabricación hasta etapas mucho más avanzadas.

Por último, entre las cerámicas manuales, nos referiremos a las piezas con decoración incisa, técnica no muy abundante en estos conjuntos pero bastante característica de los mismos. En general, este tipo de temas —que vemos ejem-

plificados en una de nuestras piezas con incisiones anchas y cruzadas (Fig. 3,13) procedente de la UE 304— se asocian más bien a los horizontes del Hierro I, con influencias del ambiente Soto de Medinilla, pudiendo encontrarse fragmentos que recuerdan al nuestro en conjuntos como los de Manganeses de la Polvorosa o Carbajales de Alba (ESPARZA: 1986, 330-334). No obstante, no son raros estos mismos tipos decorativos en convivencia con los torneados conocidos cada vez en mayor medida en yacimientos del norte y centro de la Cuenca, aunque quizá no en fases tan tardías para estos últimos como sugieren los de Arrabalde (p.e. SANZ MÍNGUEZ, 1997: 272-273, Fig. 208) lo que seguramente es un signo de la perduración de estos simples temas ornamentales mientras persiste la fabricación manual de las vasijas, con cierta independencia de la cronología.

El otro grupo de producciones que se documentan en este sector del castro son las fabricadas a torno, que como hemos visto, alcanzan una representación significativa rondando aproximadamente y según unidades del 25 al 35 % del conjunto. Esto ya es de por sí suficientemente interesante, por cuanto en las diferentes aproximaciones consultadas a los repertorios cerámicos del propio castro y de los asentamientos del Noroeste zamorano, apenas sí se refieren a su existencia y sólo se ha prestado cierta atención a los vasos relacionados con el tipo «celtibérico» o, como máximo, a los que portan decoración estampada.

No obstante en todos los sectores excavados ahora, predomina entre los materiales cerámicos a torno una variedad de cerámica común, de acabados poco cuidados, pastas oscuras, lisa y con perfiles en S, predominando las formas de pequeñas ollas con alguna estría o acanaladura en la pared y bordes redondeados y abiertos (Fig. 3, 20 a 22). Resulta difícil acudir a paralelos o conjuntos equivalentes en el ámbito inmediato aunque nuevamente los conjuntos leoneses de la corona y el castro de Corporales, tardíos cuando no de cronología claramente romana, nos ofrecen las mejores referencias. Si tuviéramos que buscar otros elementos de comparación aún, podríamos referirnos a las producciones del mismo tipo que se reconocen en el centro del valle del Duero y que presentan perfiles del mismo tipo, aunque con particularidades propias. Reconocidas en los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro prácticamente desde la generalización de las producciones a torno, experimentan escasas variaciones tipológicas a lo largo del tiempo, pero precisamente en la etapa final del mundo indígena, y quizá en parte por influencia de los modelos romanos a partir de época sertoriana, se identifican predominantemente los perfiles redondeados que más recuerdan a los aquí vistos (SACRISTÁN, 1986:198-200; SANZ MÍNGUEZ, 1997: 307-308; ESCUDERO, 1999: 277, figura 1).

Otro de los elementos peculiares a torno hallado en la Zanja 3 es, de nuevo, un fragmento de vaso negro bruñido con decoración incisa e impresa (Fig. 3, 23), con un motivo en ligero relieve surcado por incisiones horizontales, recordando un sogueado, y flanqueado por pequeñas oquedades impresas, presentando además, encima del descrito, una banda de finas incisiones oblicuas. No hay duda de que

por técnica y aspecto debemos vincular esta pieza a la ya descrita de la zanja I, aunque en aquélla el tema sea estampado. En este caso, las oquedades e incisiones oblicuas nos remiten con más insistencia a las producciones del centro de la cuenca y suroeste de, si bien el sogueado en relieve parece evocar en mayor medida los temas occidentales y galaicos.

Y ya por último, en el capítulo de los materiales cerámicos, aludiremos a las producciones de tipo «celtibérico», pastas finas y colores oxidantes, y en ciertos casos con decoraciones pintadas. Los fragmentos más significativos proceden de la unidad 304, en términos generales presentan una coloración anaranjada bastante uniforme y una calidad considerable en sus pastas, diferenciándose notablemente del resto de los materiales a torno del conjunto. No obstante, presentan ostensibles diferencias de aspecto entre sí, lo que, unido a otros rasgos externos, nos hace suponer distintos orígenes para las piezas.

Así, podemos referirnos en primer lugar a la boca de una botella (Fig. 3, 17) aparentemente lisa —no conserva nada del galbo— identificable con uno de los modelos más característicos de este tipo de producciones en todo el valle del Duero. No son, sin embargo, buenos marcadores cronológicos, ya que aunque se habían venido considerando tradicionalmente como formas tardías en general en los repertorios de la zona, del siglo I a.C., los estudios recientes permiten apuntar una antigüedad superior para la difusión del tipo, aunque su vigencia esté perfectamente atestiguada hasta momentos plenamente imperiales (SACRISTÁN, 1986: 177; SANZ MÍNGUEZ, 1997: 290-292). Es significativo señalar que de las escasas piezas que se identifican con claridad como de «tipo celtibérico» en algunos de los enclaves más occidentales de la Meseta Norte, pueda reconocerse la forma de las botellas, como ocurre en los asentamientos leoneses de Lancía (CELIS, 1996: Fig. 5: 2) o el Castro de Corporales (SÁNCHEZ PALENCIA y FERNÁNDEZ POSSE, 1985: 251 y 266, Fig. 117: 46), lo que viene a insistir en la profunda difusión que este modelo alcanzó en la zona.

Otro de los fragmentos relevantes en este conjunto corresponde a un asa —probablemente de desarrollo vertical que muestra una decoración plástica en forma de trenza (Fig. 3, 18). Dado el carácter comparativamente barroco de este diseño decorativo podemos apuntar su cronología tardía, aunque no es tampoco un argumento fiable en dicho sentido.

Mucho más significativa es la presencia de varios fragmentos correspondientes a dos vasos pintados con decoración polícroma (Fig. 3, 24 y 25). El primero de ellos es una pieza de gran calidad, con borde abierto y perfil acampanado, pintada con un tema metopado de «reloj de arena» en marrón y bandas al exterior e interior del labio en rojo. Las características de acabado, coloración y textura de la pasta, así como el tema decorativo, en nada difieren de los que se reconocen en piezas similares del Duero Medio y con alguna prolongación hacia zonas más suroccidentales. La atribución de los temas bicromos con el diseño geométrico de esta

pieza de Arrabalde, incluso el propio perfil de la misma, a un momento sertoriano —como muy pronto— o, más probablemente a la segunda mitad del I a.C. parece clara en los territorios mencionados y, desde luego, no puede suponerse anterior en esta área zamorana. Pueden utilizarse como referencia los conjuntos de la necrópolis de Las Ruedas, en Padilla de Duero (Valladolid), en los que se hallan vasos iguales al referido tanto en depósitos intactos como en niveles alterados, pero siempre con referencias cronológicas precisas de las fechas que proponemos (SANZ MÍNGUEZ, 1997: 305-307, tumba 55C, nº 239, 256, 270). La peculiaridad de este tipo concreto y la semejanza de la pieza zamorana y las vallisoletanas obligan a plantear la posibilidad de una llegada de estos ejemplares desde los territorios centrales de la cuenca.

El otro vaso referido (nº 4) coincide con el anterior en corresponder a un tipo de pasta fina y decoración pintada en más de un color, si bien las diferencias en técnica y calidad son notables. La pasta presenta una tonalidad clara y sobre todo un mediocre acabado y textura porosa; la pared es proporcionalmente gruesa y, sobre todo, la pintura es descuidada y mal adherida. En términos generales diríase que se trata de una imitación no muy brillante de piezas como la descrita anteriormente, incluso el tema decorativo parece imitar sin demasiado éxito aquél, y su perfil también acampanado se relacionaría sin demasiado problema con el que muestran los vasos del tipo que venimos comentando. El vaso muestra decoración policroma (en tricromía) con un friso bajo el borde (perdido) distribuido en un tema metopado de líneas oblicuas y arcos secantes en color marrón sobre fondo blanco. Al interior, el borde también portaba decoración pintada, de gruesos trazos verticales ocres sobre banda rojiza. La mitad inferior del galbo también presenta un tema distribuido en frisos, con esos tumbadas (también suelen considerarse motivos ornitomorfos) en ocre sobre fondo blanco y anchas bandas rojizas enmarcadas en finas marrones.

Las consideraciones cronológicas realizadas para el vaso anterior pueden aplicarse a este ejemplo por diseño y decoración. A los paralelos ya comentados del yacimiento vallisoletano donde la policromía no se identifica al menos hasta época sertoriana, cabe añadir los hallazgos de Avila y Ciudad Rodrigo, fechados a finales del I a.C. el primero y en el I d.C. el salmantino, en virtud de sus asociaciones estratigráficas (MARTÍN VALLS, 1976: 384, Figs. 1 y 2) o alguno zamorano que podría ser igualmente tardío —del I d.C.— procedente de El Alba de Villalazán (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1975: 468, Fig. 13-2), lo que ofrece el marco general en el que deben encuadrarse estas producciones en el centro-oeste del valle del Duero.

La circunstancia de haber localizado en este mismo conjunto dos piezas cerámicas tan diferentes y a la vez tan relacionadas, nos sugiere intensamente la convivencia en el castro de producciones de tipo celtibérico obtenidas por comercio con enclaves más o menos alejados y otras que podríamos llamar «locales» imitando sin demasiado acierto sus ejemplares más decorados.

Y para concluir nos referiremos a las únicas piezas en hierro dignas de mención en este sector, dos hojas de cuchillos de dorso curvo —afalcatados si se prefiere— de las que reproducimos una (Fig. 3, 19) procedentes de la unidad 304. No es ésta la primera ocasión en que se localizan en Las Labradas este mismo tipo de piezas, pues ya en la campaña de 1986 se localizó un cuchillo entre los restos de una vivienda (DELIBES, ESPARZA y MARTÍN VALLS, 1996: 10). Los ejemplares de Las Labradas corresponden al tipo con lengüeta plana para el enmangue en la que se conservan los remaches —quizá de bronce— que la unirían a las cachas orgánicas, de madera o hueso seguramente. Estos objetos, que pueden corresponder tanto a simples objetos utilitarios como a verdaderas armas tal y como se deduce de los diversos contextos en que se documentan y sus tamaños, están atestiguados sin variabilidad tipológica apreciable con seguridad desde la primera Edad del Hierro, por lo que no constituyen un elemento significativo de datación ni permiten mayores consideraciones, salvo la de constatar su presencia.

ANÁLISIS DE LAS ESTRUCTURAS

Los tramos de estructuras descubiertos en estos trabajos corresponden a los dos lienzos que configuran una puerta de acceso al recinto interior del castro (Fig. 2) y un sector de la muralla que cerraba el recinto más externo del mismo. De la primera zona se han recuperado 12,3 m. lineales del lienzo norte con respecto a la puerta (Zanja 1) y 7,5 m. del lienzo sur (Zanja 2), separados por el vano de la entrada que presenta entorno a los 4 m. de anchura. Del sector externo de la muralla del castro se han reconocido unos 23 m. lineales, de cuyos 12 m. más meridionales ha sido posible localizar los dos paramentos, mientras que de los últimos 11 sólo se ha seguido el paramento exterior, sin que haya sido documentada ninguna puerta.

Como ya hemos visto en el estudio de los materiales arqueológicos y por su posición estratigráfica, nos es imposible asegurar el momento de construcción de los dos tramos sondeados. Los niveles recuperados y sus materiales asociados nos dan en ambos casos una fecha *ante quem* para su erección, siendo los datos mucho más prolijos en el sector exterior, dada la cantidad y la calidad de las piezas halladas. De la disposición estratigráfica y las características de los niveles, también creemos que puede deducirse, no obstante, que el tiempo transcurrido entre el momento de su edificación y el de los depósitos de materiales adosados no fue muy grande, especialmente en el caso de la muralla exterior, donde ocurrió una rápida colmatación (Unidad 304) que arranca de la base misma del muro.

Un aspecto sobre el que sí podríamos especular con ciertos argumentos a partir de las notables diferencias de técnica constructiva y características formales de los lienzos exhumados, es el de la posible no coetaneidad de los dos recintos. La

principal diferencia viene dada por las estructuras de los paramentos externos, que en el sector de la muralla interior, las hiladas inferiores siempre se reservan para grandes piedras, incluso de aspecto ciclópeo, que contrastan claramente con las lajas, mucho más pequeñas, de las hiladas superiores. En el sector exterior, sin embargo, no se han encontrados estas piedras de grandes dimensiones, y aunque existe una cierta tendencia a colocar cuarcitas de mayor tamaño en las zonas inferiores, no siempre ocurre así, siendo además aquí mucho más homogéneo el tamaño de las lajas entre las distintas hiladas de los paramentos. Tampoco coinciden ambos sectores en sus dimensiones ya que el exterior es notablemente más ancho, con unos 3,60 m. frente a los 2,70 de media que presenta el interior. Otro aspecto en el que difieren los dos sectores de muralla es en la técnica de cimentación. Mientras que la interior apoya sobre la roca natural, en la exterior, quizás para paliar las carencias del terreno, se ha construido un basamento mediante un echadizo de piedras de grandes dimensiones que le sirve de firme.

Estas diferencias nos permiten plantear la posibilidad de que ambas murallas fueran construidas en momentos cronológicos distintos, sin que seamos capaces de atisbar datos firmes que aporten luz sobre las diferencias de anterioridad/posterioridad existentes entre ellas. Tampoco es imposible que los recintos sean sincrónicos y que las diferencias de técnicas constructivas no respondan sino a adaptaciones a las condiciones del terreno, disponibilidades de materiales, o a simples variaciones tipológicas sin un mayor significado.

La interpretación que Esparza (1986: 246) propuso en su día a propósito de la morfología de las defensas zamoranas defendía la existencia de un relleno interno entre los paramentos ordenado y regular, tal y como atestiguó en el castro de Lubián y supuso aplicable a otros enclaves. Por nuestra parte hemos atestiguado fehacientemente que este modelo no se cumple, al menos en la muralla exterior, donde de un derrumbe fortuito de parte del paramento externo tras la excavación a causa de la caída de un árbol, nos permitió comprobar que su relleno estaba formado por un echadizo irregular de cuarcitas de mediano tamaño, sin ningún tipo de aglutinante y en una disposición que dejaba numerosos huecos entre las piedras.

La finalidad perseguida con la realización de estos sondeos era la de comprobar la existencia de puertas en los dos sectores de las defensas atravesadas por el camino. Las previsiones iniciales fueron confirmadas en parte ya que en el sector que hemos denominado de la «muralla interior» se localizó una puerta mientras que en el otro de los sectores la tarea ha sido infructuosa. Las obras de ensanchamiento del camino en el sector de la «muralla exterior», supusieron la destrucción de gran parte de los restos de la fortificación que antes ocupaba la zona y ha impedido comprobar si aquí existió un acceso. Varios indicios, no obstante, nos hacen dudar de dicha posibilidad. El primero es que a pesar de los destrozos ocasionados por las máquinas, el tramo de muralla localizado, al menos en el paramento

exterior, es de considerables dimensiones, existiendo en toda la zona sondeada pruebas de la presencia de la misma. Además creemos que existe una zona próxima que reúne mejores condiciones para la ubicación de una puerta. Se trata de un sector situado a unos 30 metros al sur del extremo de nuestra cata, justo en el punto de unión del alomamiento formado por el derrumbe de la muralla y el macizo rocoso conocido como Peña Cedera. En este punto, contra lo que es norma en los demás lugares del castro en los que la muralla se adosa a una «peña», aparece una profunda vaguada que parece denotar que los lienzos no llegaban a unirse a la roca. En los otros sectores similares se produce el fenómeno opuesto, con la presencia de un mayor amontonamiento de piedras que parece translucir un refuerzo de dichos puntos. Otro factor que insiste en las posibilidades de situar el acceso al castro junto a Peña Cedera es la presencia en ese lugar del camino tradicional que accedía al interior y comunicaba con la ermita de San Cristóbal, popularmente denominada «Casa del Santo», situada dentro del segundo de los recintos, muy cercana a la muralla interior.

Resulta muy difícil comparar las técnicas constructivas y las características formales de las murallas recuperadas con otros ejemplos más o menos próximos, ya que este tipo de construcciones se nutren siempre de materiales constructivos cercanos, que condicionan el acabado formal de la obra y no es exportable a zonas en las que se utilicen materias primas distintas. Otro tema distinto es el de la planta de las estructuras encontradas, en concreto la puerta localizada en el sector interior, cuya disposición, con dos cuerpos de líneas rectas adosados hacia el interior para colocar, sin duda, sendas torres de protección del acceso, resulta rara en los castros de la Segunda Edad del Hierro. Aunque no existen paralelos claros para la configuración de la puerta localizada en la muralla interna de Las Labradas, sí que se ha constatado una cierta tendencia en algunos castros zamoranos de la zona astur al reforzamiento de los accesos a los poblados. Así, Esparza cree documentar¹ en los castros de la zona diversos tipos de refuerzo de las puertas, que guardan algún parecido con la encontrada en Las Labradas. En Calabor sitúa dos engrosamientos con incurvaciones al interior, en Gallegos del Campo engrosamientos trapecoidales y en Boya, torrecillas circulares (ESPARZA, 1986: 247, Fig. 156).

Fuera de la zona, hemos encontrado alguna similitud con ciertos accesos a poblados del área vettona, como la puerta situada junto a la Ermita del Castillo, en el castro salmantino de Yecla la Vieja, donde uno de sus lados reproduce el mismo esquema, con un torreón de lados rectos hacia el interior (MARTÍN VALLS

¹ En realidad estas apreciaciones están hechas sobre restos de murallas no excavadas cuyo aspecto superficial puede estar considerablemente modificado por los derrumbes de la propia estructura. De hecho, la apariencia externa que presentaban los vestigios de la cerca de Arrabalde antes de la intervención no denotaban en absoluto la existencia de los refuerzos de la puerta.

y BENET, 1997: 119). Por lo demás la configuración global de esta puerta difiere notablemente de la de Arrabalde ya que presenta un pronunciado embudo, ausente en la nuestra. Más alejada resulta la posible coincidencia con algunos ejemplos sorianos, como ocurre con uno de los accesos del Castillejo de Golmayo (LORRIO, 1997: 77, Fig. 20, 2) o el del Castillejo de Ventosa de la Sierra (*Ibidem*, 72, Fig. 17, 9), aunque para Romero (1991: 128), los accesos a este último castro son obras posteriores que nada tienen que ver con las puertas originales.

5. CONCLUSIONES

La campaña de excavaciones arqueológicas realizada en los meses de octubre y noviembre de 1998 ha permitido conocer las características morfológicas de sendos tramos de las dos líneas defensivas del sector oeste del castro, comprobando y corroborando, por lo que se refiere al recinto interior, la ubicación de la que se suponía puerta de entrada al mismo. Por otro lado, la intervención ha proporcionado un registro estratigráfico y de cultura material que si bien no puede considerarse definitivo ni muy amplio, sí permite definir con bastante aproximación la cronología del uso de las estructuras defensivas y reconocer las principales características al menos de los conjuntos cerámicos más representativos de este enclave.

A pesar de que hasta el momento no había sido realizado ningún trabajo arqueológico en las murallas del castro, y por tanto todo lo ahora constatado puede considerarse novedoso, lo cierto es que nuestra intervención ha venido a confirmar en términos generales algunos de los aspectos que se sospechaban o de los que ya se tenían evidencias por anteriores estudios.

Comenzando por los aspectos más generales, los resultados de esta campaña han demostrado la presencia en los dos sectores sondeados de una única ocupación principal correspondiente a un momento avanzado de la Segunda Edad del Hierro, que, en el caso de la muralla más externa podemos fechar, gracias a la presencia de ciertos productos cerámicos pintados bastante característicos, no con anterioridad a la segunda mitad del siglo I a.C., y, probablemente a finales de dicha centuria, lo que encaja bastante bien con las estimaciones que ya se habían efectuado a partir de los datos históricos y de los que indirectamente proporcionan los célebres tesoros. Sin embargo, en el caso de la muralla que cierra el recinto interior, la cronología es menos precisable a partir de los materiales allí recuperados, aunque nos siguen remitiendo a momentos avanzados de dicha etapa, no muy alejados de la cronología ya expuesta a juzgar por la similitud de los tipos presentes.

Es interesante referir que, como ya había ocurrido en actuaciones previas, se detectan en las zanjas internas materiales cerámicos pertenecientes a la Edad del

Bronce, concretamente a la cultura de Cogotas I², lo que viene a corroborar que el establecimiento castreño se implantó sobre otro previo del que se desconocen evidencias estructurales y que debía estar localizado en la parte alta del recinto.

El registro documentado no ha identificado otros niveles u ocupaciones —salvo el dato comentado del Bronce Final— de la Edad del Hierro, por lo que al menos en estas áreas no puede defenderse la existencia de un hábitat con continuidad desde la Primera Edad del Hierro, como a veces se ha querido ver. Tampoco hay verdaderos estratos correspondientes a etapas posteriores a ésta del final del mundo Astur, ningún material reconocible como romano —salvo que entre las piezas a torno comunes sin clara adscripción puedan existir algunos— ni una clara ocupación medieval o posterior, aunque sí se localicen ciertas piezas cerámicas de esta cronología en los sedimentos superficiales³.

Por lo que se refiere al muro de piedra hallado a escasa profundidad en paralelo a la muralla exterior no tenemos evidencias que permitan adscribirlo a ninguna ocupación concreta, pudiendo corresponder incluso a alguna obra contemporánea, pero sí resulta evidente su desvinculación de la estratigrafía protohistórica.

Así las cosas, el registro documentado no nos permite determinar la época concreta de construcción de las líneas de muralla del castro, pero sí podemos afirmar que están en uso en las fases tardías de la Edad del Hierro, tal y como nos indican los materiales cerámicos. Tampoco podemos asegurar que ambos recintos se construyan a la vez y, aunque no imaginamos una gran diferencia cronológica entre ellos, lo cierto es que los datos más precisos los obtenemos del más externo, que también sería lógico fuera el más tardío. Lo que resulta evidente es que, como hemos señalado, no aparecen indicios claros de ocupaciones de la Edad del Hierro significativamente anteriores en el castro, por lo que nos parece a todas luces más probable es la existencia de un único momento fundamental de ocupación en el poblado coincidente con las épocas ya señaladas y con el que se relaciona la erección de las murallas.

² Recordamos que en la Unidad Estratigráfica 202 se localiza una pieza que pudiera corresponder al campaniforme (Fig. 3, 9), pero este detalle, poco firme, no altera sustancialmente estas conclusiones.

³ Se han hecho diversas menciones de la existencia de una «ocupación» medieval en Las Labradas, con la posible existencia incluso de un aprovechamiento del viejo recinto para establecer una fortificación alto y pleno medieval, con la que podría guardar relación la ermita conocida como Casa del Santo, de la que se tiene constancia escrita en un documento de 1655. Lo cierto es que en nuestro trabajo no se reconoce ocupación alguna ni materiales en suficiente volumen para proponer su existencia en estos puntos; por otra parte la advocación de la ermita —dedicada a San Cristóbal— no parece apoyar una cronología tan antigua para la misma como la supuesta. No obstante, este aspecto no puede esclarecerse desde nuestra actuación.

Por lo que se refiere a la presencia romana, ocurre algo semejante, pues aunque los materiales adscribibles a esta época no escasean en el yacimiento (cazo de bronce, restos de un casco, de un escudo y coraza, denarios republicanos, campaniense, etc.) no hemos detectado ninguno en la excavación.

Para estos aspectos puede consultarse Delibes, Esparza y Martín Valls, 1996: 11-13 y 38-39, que recogen toda la bibliografía anterior.

Debemos señalar que un elemento que no hemos constatado a lo largo de esta intervención es la presencia de un nivel de incendio más o menos generalizado y que llegaría a constatarse en las zonas de la muralla occidental destruidas en los años ochenta, tal y como es descrito por Esparza y puesto en relación con los conflictos de las guerras Cántabras. Si bien es cierto que las unidades estratigráficas 101, 201 y 301 de las diferentes zanjas, que se corresponden con los estratos de derrumbe de las estructuras, y la 304 en el caso de la más externa, muestran una coloración muy oscura, que llega a ser casi cenicienta en la última mencionada, no nos parece que merezcan la consideración de niveles de incendio propiamente, sino que es más fácil relacionarlas con el carácter antrópico de la formación del sedimento y su posible alto contenido en materia orgánica.

Es interesante destacar la técnica constructiva de los muros, básicamente dos paramentos rellenos de una amalgama irregular de calizas sin trabar, no cumpliéndose el modelo de construcción ordenada que se había supuesto. Presentan además la particularidad de la reducción del tamaño de las piedras a medida que el muro asciende, lo que es evidente sobre todo en la muralla interna. Pero lo más llamativo es la morfología de la puerta, con dos cuerpos destacados hacia el interior del recinto para la protección de la entrada, esquema que no encuentra demasiados paralelos tipológicos en la zona, probablemente más por falta de datos comprobados que por la rareza del modelo.

Como ya hemos señalado, no hay evidencias contundentes sobre la etapa exacta de edificación de ambas líneas de muralla, o de su posible sincronía, si bien todos los datos apuntan a su coincidencia temporal con la ocupación principal del castro a fines del I a.C. y a una escasa distancia cronológica —si hubo alguna— entre la construcción de los dos recintos.

Por lo que se refiere a la cultura material, cerámica básicamente, ya señalamos en su momento la diversidad de tipos documentados que, apuntan además a influencias y tradiciones de varias procedencias. De una parte, los conjuntos materiales muestran las características propias de los registros castreños del noroeste peninsular; el predominio de las producciones manuales en una etapa tan tardía, la presencia de especies comunes a torno de pastas oscuras (mayoritarias entre las torneadas) que remiten a conjuntos leoneses incluso galaicos, las escasas bruñidas estampadas también relacionables con los ámbitos noroccidentales o incluso vetones, etc, son rasgos peculiares del ámbito en el que Arrabalde se encuentra. En otro sentido, la presencia de piezas «de tipo celtibérico», aunque muy minoritarias, debemos explicarla por aportaciones orientales, desde los espacios más volcados hacia el centro del valle del Duero. No es extraño este hecho, como ya hemos señalado, por la relativa cercanía de asentamientos como el de Manganeses de la Polvorosa o Fuentes de Ropel, donde los tipos finos pintados de cocción oxidante son habituales, incluso desde cronologías bastante más antiguas, como parece haberse constatado en el primero de ellos. Es interesante destacar la aparición de fragmen-

tos correspondientes a vasos policromos con temas decorativos idénticos a los conocidos en el centro de la Cuenca, e incluso la posibilidad de diferenciar productos seguramente importados y otros fabricados localmente o en la comarca.

La ubicación del asentamiento, en el sector más oriental del mundo castreño zamorano y leonés, así como sus peculiares características de cronología y entorno histórico, justifican las diversas tradiciones cerámicas percibidas. En tal sentido, hablar de una «celtiberización» de éste y otros enclaves similares de la zona a través de los lotes cerámicos es bastante discutible, y más aún si se pretende dotar al término de un sentido étnico o cultural, por lo que, y a pesar de que para el caso de la orfebrería sí se utilice de un modo genérico e igualmente discutible el adjetivo de «celtibérica», creemos que la adscripción del castro al círculo *astur* es la más adecuada.

En definitiva, la intervención arqueológica del año 98, además de ofrecer innegables resultados en lo que se refiere a la constatación de las dos líneas defensivas del asentamiento y de revelar la ubicación y características de una de las puertas de entradas al mismo, así como de ofrecer la posibilidad de concretar las técnicas constructivas de sus estructuras, afianza la hipótesis sostenida que defiende la ocupación muy tardía del recinto y su establecimiento como enclave estratégico en una etapa de conflictos que no pueden ser otros que los generados por la presencia romana en el territorio, quién sabe si como último reducto de las poblaciones vecinas. El ambiente de las guerras cántabras, entre el 29 y el 19 a.C., es la etapa a la que insistentemente han venido señalando las diversas evidencias materiales e históricas relacionadas con Las Labradas, a las que ahora pueden sumarse estos nuevos hallazgos.

BIBLIOGRAFÍA

- BALADO PACHÓN, A. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (1991): «Los hallazgos prehistóricos en el casco urbano de Valladolid» en G. Delibes *et alii* (Coords.), *Arqueología Urbana en Valladolid*: 15-29, Valladolid.
- CARRETERO VAQUERO, S. y ROMERO CARNICERO, M.V. (1996): *Los Campamentos Romanos de Petavonium (Rosinos de Vidriales, Zamora)*, Serie de Monografías y Estudios de la Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora.
- CELIS SÁNCHEZ J. (1996): «Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas», *Ciclo de Conferencias sobre la Historia de León a través de la Arqueología: ArqueoLeón*, Actas, León, 1993-1994: 41-67, León.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1977): «El vaso campaniforme en la Meseta Norte española», *Studia Archaeologica*, 46.
- (1991): «Joyería celtibérica» en *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*: 20-30, Madrid.
- DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A. y MARTÍN VALLS, R. (1996): *Los Tesoros Pre-romanos de Arrabalde (Zamora) y la Joyería Celtibérica*, Serie de Monografías y Estudios de la Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1990): «Cerámica de la plenitud Cogotas I: El yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid)», *BSAA*, LVI: 64-105.

- DELIBES DE CASTRO, G. y MARTÍN VALLS, R. (1982): *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico*, Zamora.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. (1999): «Datos sobre la cerámica común a torno de época vaccea. Aspectos tipológicos y funcionales», *II Congreso de Arqueología Peninsular*, (Zamora, 1996): 275-288, Zamora.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983): «Sobre el límite oriental de la Cultura Castreña», *II Seminario de Arqueología del Noroeste*, Santiago de Compostela, 1980: 103-119, Madrid.
- (1986): *Los castros de la Edad del Hierro en el noroeste de Zamora*, Zamora.
- (1990): «La Edad del Hierro en Zamora», *Actas del Primer congreso de Historia de Zamora (Zamora 1988)*, Zamora: 101-126.
- (1991): «Noticia preliminar sobre el nuevo tesoro de Arrabalde (Zamora)», *Zephyrus*, XLI-XLII, 1988-1989: 511 -515.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*, I y II, Avila.
- FERNÁNDEZ, J.J. y LARRÉN, H. (1990): «Historia de la investigación arqueológica en la provincia de Zamora. Situación actual». *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora (Zamora 1988)*: 127-151, Zamora.
- GARCÍA HUERTA, M.R. y ANTONA DEL VAL, V. (1992): *La necrópolis celtibérica de La Yunta (Gadálajara)*. Campañas 1984-1987, Villarrobledo.
- LORRIO A. J. (1997): *Los Celtíberos*, Complutum Extra 7, Alicante.
- MARTÍN BENITO, J.I. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M.C. (1989): «El campo de hoyos del Teso del Cuerno», *Revista de Arqueología* nº 99: 18-24.
- MARTÍN VALLS, R. (1976): «Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo», *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 373-388.
- (1986-87): «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización», *Actas del Coloquio Internacional sobre La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86, Salamanca.
- (1995): «La Segunda Edad del Hierro» en *Historia de Zamora, tomo I, De los Orígenes al final del Medioevo*, Zamora: 174-183.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1975): «Hallazgos Arqueológicos en la provincia de Zamora (II)», *BSAA* XL-XLI: 446-476.
- MARTÍN VALLS, R. y BENET, N. (1997): «Investigación y restauración del Castro de Yecla la Vieja», *Actas del Coloquio sobre o I milénio a.C. no noroeste peninsular; a fachada atlântica e o interior*, (Bragança, 1995): 112-122, Bragança.
- ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*, *Studia Archaeologica*, 80, Valladolid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.
- SÁNCHEZ DE ARZA, V. (1984): «Las monedas del tesoro prerromano de Arrabalde. La Asturia Cismon-tana», *Numisma*, 186-191: 51-73, Madrid.
- SÁNCHEZ PALENCIA, F.J. y FERNÁNDEZ POSSE, M.D. (1985): *La Corona y el Castro de Corporales. I. Truchas (León)*. Campañas de 1978-1981, Excavaciones Arqueológicas en España, 141, Madrid.
- SANTOS YANGUAS, N. (1981): «El tesoro prerromano de Arrabalde (Norte de Zamora)», *Memorias de Historia Antigua*, III: 273-276.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León, 6, Memorias, Salamanca.
- SEVILLANO, V. (1978): *Testimonio arqueológico de la provincia de Zamora*, Zamora.
- TURINA GÓMEZ, A. (1994): *Cerámica Medieval y Moderna de Zamora*, Arqueología en Castilla y León, 1, Zamora.
- WATTENBERG, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Bibliotheca Prachistorica Hispana, IV, Madrid.